

Del sentimiento

profundo, que es la amistad, viene tejiéndose este animado recuento de vida y lira, un diálogo de luminosidades, un asomarse a la íntima lectura de un poeta a otro, que aquí encuentra una lectura, a propósito de la labor que la editorial queretana *Calygramma* y Federico de la Vega le han dedicado, en el último lustro, a la reedición de una de las obras más misteriosas que la poesía mexicana ha visto nacer, la de Francisco Cervantes, más que lusófilo, lusópata que en estos decires del maestro Castañón deja otro filo de su perfil múltiple.



Legión y lección lusitana

ADOLFO CASTAÑÓN

Academia Mexicana de la Lengua

Las relaciones entre portugueses y españoles, entre lusófonos e hispanófonos, no han sido sencillas en tiempos recientes —de Carlos V para acá—. El español mira con desdén la cultura portuguesa, como si ésta le estuviese recordando un momento ya superado de su propio pasado. Los portugueses, a su vez, miran con ironía y buen humor y a veces rencoroso desprecio a los españoles, como los vulgares, soberbios, explotadores y arribistas que llegaron a apoderarse de los descubrimientos realizados por ellos en África, Asia y América.

Son los portugueses y españoles como hermanos resentidos que no se pueden ni se quieren ver, pero son, después de todo, ramas del mismo árbol peninsular. Parte de la fuerza espiritual y literaria de Rubén Darío proviene de haber recordado que la literatura española se hizo castellana a expensas de la gallega, la valenciana, la catalana, y, por supuesto, la portuguesa. De hecho, los fantasmas, las ausencias de esas lenguas recorren el cuerpo aparentemente uniforme y homogéneo, liso, de la escritura literaria en castellano, y la renovación de las letras escritas en español proviene y provendrá en buena medida de la capacidad de diálogo con sus propias raíces olvidadas o distraídas.

Desde esa perspectiva se puede situar mejor la obra lírica de Francisco Cervantes que es, para España y para México y para todo el orbe iberoamericano, como un peñasco altivo y monumental que se

yergue en el estrecho donde se funden un océano y un mar: el océano de las letras hispánicas y el mar de las portuguesas que, al fin y al cabo, provienen de un origen común.

La obra poética de Francisco Cervantes me parece indisolublemente ligada a su tarea de traductor. Desde *Los varones señalados*, libro publicado en 1965, cuando tenía 27 años, se da una perspectiva arcaizante y a la par renovada que busca remontar o dar cuerda a los relojes de la lengua a través de la búsqueda y descubrimiento de formas, muestras y entonaciones.

La figura poética de Francisco Cervantes aparece ante nuestros ojos del brazo fuerte, inquietante y desasosegado del poeta portugués Fernando Pessoa, que fue para nuestro amigo y maestro como un modelo literario y vital, ético y poético. Tradujo Francisco la biografía monumental de João Gaspar Simões para el Fondo de Cultura Económica en 1987, junto con otras muchas obras de raigambre portuguesa y brasileña: *El último Fausto*, del propio Pessoa; *Odisea de la poesía portuguesa* —antología compuesta por él mismo—; la obra de Antequero de Quental sobre la decadencia de la cultura imperial portuguesa, y un cúmulo de textos brasileños, de Machado de Assis a Clarice Lispector, que le valió la prestigiosa

condecoración otorgada por el gobierno brasileño: la Orden de Rio Branco.

Las cenizas de Francisco Cervantes fueron esparcidas en las aguas del río Tajo unos meses después de su fallecimiento, siguiendo su voluntad, en una ceremonia presidida por su hermano y por el exembajador de Portugal en México, el señor Antonio Antas de Campos, quien fuera su protector y amigo.

III

Francisco Cervantes llega a la literatura portuguesa atraído por las “canciones de amigo” y la lírica primitiva, popular, escrita en gallego y en portugués. Junto a esto, hay una fascinación, diríase un hechizo por la Edad Media como espacio imaginario y moral. En ese sentido, nuestro poeta, el Cervantes mexicano, es un ser intelectual que se diría *anterior* a Miguel de Cervantes, en la medida en que se le puede considerar un caballero coetáneo del Cid, capaz de enfrentarse a reyes y poderes, si así lo cree necesario. Un caballero a la moda de anteayer, cuyo reino vendrá pasado mañana.

Cervantes llegaba a la editorial Fondo de Cultura Económica, situada en avenida Universidad y Parroquia, entonces dirigida por el poeta y diplomático Jaime García Terrés, todos los días, ya tarde por la mañana, entre once y doce, con paso lento y algo cansado. Vivía solo con sus sombras en el Hotel Cosmos, donde un amigo y admirador gallego le prestaba, sin cobrarle nada, un cuarto.

Lo conocí a principios de los ochenta, tendría unos 45 años, pero se veía más grande: el alcohol, el hambre, las incertidumbres, los sentimientos y resentimientos lo habían ido minando y envejeciendo. Cuando Francisco despertó y salió del Hotel Cosmos, la mañana del 19 de septiembre de 1985, después del temblor de tierra que arrasó la Ciudad, pero dejó

incólume el hotel donde vivía, Cervantes se confirmó que la única realidad indestructible y susceptible de salvarse de la demolición está en la poesía.

Años atrás, había trabajado en una agencia de publicidad con Álvaro Mutis, Fernando del Paso, Francisco Hernández. Fue la época del pliego literario *Papeles*, dirigido por Raúl Renán. Mutis fue durante muchos años su protector y, detrás de las cortinas, velaba por él y hay por lo menos tres textos suyos sobre Cervantes.

El hecho mismo de que el director del Fondo, García Terrés, lo hubiese dejado trabajar en un cubículo con una máquina de escribir Olivetti y algún diccionario destartado se debía probablemente a algún comentario del gran Álvaro.

A García Terrés le gustaba estar rodeado de escritores —la editorial era probablemente, a sus ojos, como un palomar y una paloma atrae a otra—, y haber atraído a Francisco Cervantes, a quien respetaba como poeta, traductor y ser humano era una garantía de que a su alrededor empezaría a sobrevolar un enjambre de aprendices atraídos por la miel ácida de los comentarios punzantes y corrosivos que lanzaba éste sobre prácticamente todos los integrantes de la fauna literaria.

Fauna y fábula, Cervantes, el alto poeta del antiguo y buen decir, podía ser también un maledicente desdichado en cuyos comentarios ácidos y corrosivos sobre todos y contra todos los poetas y escritores, con excepción de Mutis, Paz y Arreola, nosotros abrevábamos (José Luis Rivas, Rafael Vargas, Víctor Hugo Piña Williams, Alberto Paredes). Pero esos comentarios del Vampiro, como lo llamábamos, que eran como estampillas en una tarjeta postal que él ponía ahí sólo para que la tarjeta llegara a su destino o destinatario, venían acompañadas de anécdotas e imágenes de Pedro el Cruel e Inés de Castro, Rosalía de Castro, José Regio, Fernando Pessoa y su cortejo de heterónimos —Álvaro de Campos,

Ricardo Reis en primer lugar— que, para él, eran como miembros de su familia y cuyos versos reconocía a la distancia como se identifica el ladrido de un perro querido.

IV La biografía monumental que João Gaspar Simões hizo de Fernando Pessoa fue traducida al español por el poeta mexicano y queretano Francisco Cervantes y publicada en México en 1987, cuando tenía 49 años. Había publicado dos años antes, a los 45, una suma poética titulada *Heridas que se alternan*, libro dividido en seis partes (I. “Los varones señalados”; II. “La materia del tributo”; III. “Esta sustancia amarga”; IV. “Cantado para nadie”; V. “Aulaga en la maralta” y VI. “Heridas que se alternan”). Más tarde publicaría, en 1986, *Los huesos peregrinos* y *El canto del abismo*; en 1994, *Regimiento de tinieblas*; y en 1987, *Materia de distintos lais*, libro en que conviven su palabra originaria y su palabra traducida o heterónimo trasladado del portugués.

Este libro es el número 104 de la segunda serie de *Lecturas Mexicanas*, con un tiraje de 20,000 ejemplares. El libro incluye 61 poemas de Cervantes, y 32 traducidos de 16 poetas, ocho portugueses y ocho brasileños. Finalmente, su obra se reuniría en *Cantado para nadie* (1997 y 2014), donde la novedad estriba en el capítulo final que recoge la obra poética de Hugo Vidal, su heterónimo.

V Álvaro Mutis ha escrito tres textos por lo menos sobre su amigo Francisco Cervantes.¹ Y precisamente *Cantado para nadie* lleva un texto en prosa firmado por el escritor colombiano, que me invito a mí mismo a copiar como una introducción pedagógica:

Todo texto explicativo o con visos de presentación que intente agregarse a un conjunto de poemas, o es una grave impertinencia o una necesidad inútil. No es mi propósito presentar a Francisco Cervantes, ya de suyo justamente reconocido hace años tanto en México como en el resto de América Latina, ni alabar su poesía y menos explicarla; al menos eso la vida se ha encargado de enseñarnos: cómo evitar tal clase de tentaciones.

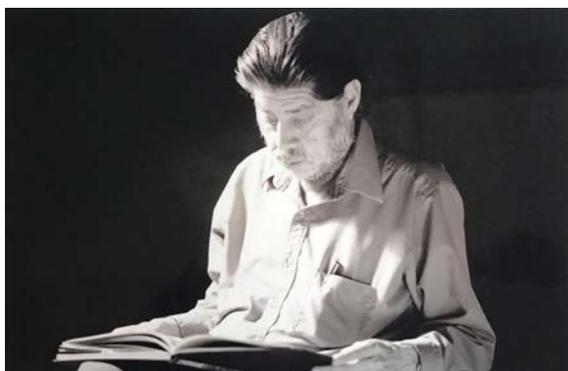
Lo que deseo en estas líneas es asomarme por entre el sombrío bosque encantado de estos poemas, sin antecedente alguno entre nosotros ni posibles seguidores, para decir que Francisco Cervantes y su poesía ocupan mis vigiliadas e invaden mis sueños hace ya casi veinticinco años. Que su amistad me es necesaria y valiosa, que su intransigencia sin límites, su altanería con los necios y, a menudo, con los que no lo son, ni mucho menos, pero caen de repente en la necedad, que su medioevo, sus caballeros imposibles y reales, su febril delirio lusitano y su cariño de amigo, todas esas cosas y muchas más que no quiero nombrar ahora, hacen que Francisco Cervantes sea para mí un alto ejemplo, imposible de seguir como es obvio, pero de indispensable frecuentación. Gracias a él y a otros, muy contados, espíritus impares y peligrosos, que perpetuamente recrean el mundo a su insaciable imagen y a su intolerable e intolerada semejanza, la vida puede seguir viviéndose sin náusea mayor ni definitivas escapatorias.

Esto era lo que quería decir al lector de estos poemas para que sepa, al menos, el riesgo que corre al leerlos, penetrando en un universo cuya rareza, hermosura y ajena condición, no se dan ya por estos tiempos.

Las palabras de Mutis fueron escritas en 1982 y Cervantes llevaba casi diez años incubando los materiales de ese libro

bajo el brazo, cuya escritura se inició en 1973. Octavio Paz –junto con José Emilio Pacheco, Alí Chumacero, y Homero Aridjis– lo incluyó en *Poesía en movimiento*, antología publicada en 1966, cuando Cervantes tendría unos 28 años y ya corría la voz de la magia verbal con que había traducido la “Oda marítima” de Álvaro de Campos.

Esto lleva a preguntarse al lector desde cuándo Francisco Cervantes entró en contacto con la vida y la obra de Pessoa y más allá o más acá de la literatura portuguesa, y aquí hay que decir y reconocer que la revelación por el poeta portugués en la literatura debe remontarse al ensayo de Octavio Paz, en 1960.



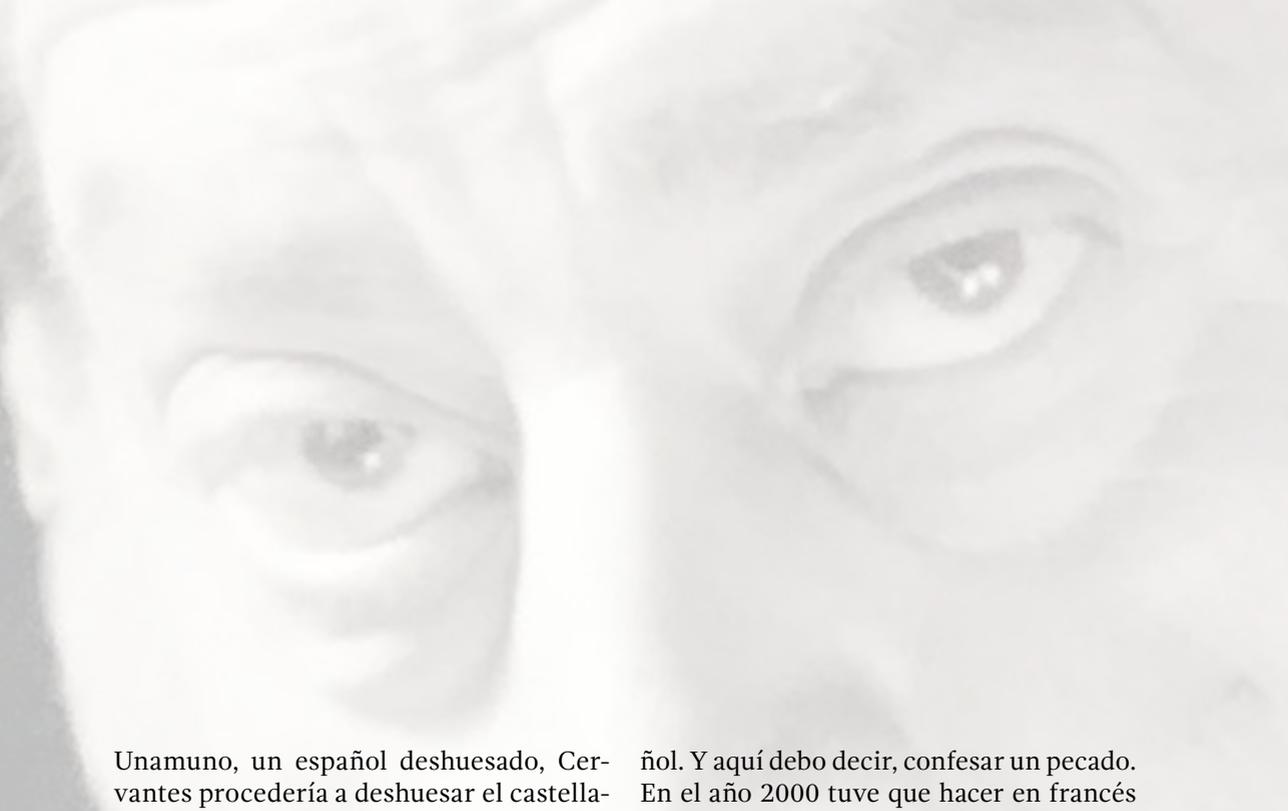
V Cierta: Paz se encontraba en París, en 1958, cuando a través de los trabajos de Nora Mitrani y luego del amigo de Pessoa y de Jules Supervielle, Adolfo Casais Monteiro, entra en contacto con la obra del santo patrón de los heterónimos: “Casi sin darme cuenta —dice Octavio Paz— empecé a traducir algunos poemas de Álvaro de Campos. Insensiblemente, pasé a los otros heterónimos.” Francisco Cervantes tendría entonces 20 años. Tres años después, en 1961, Octavio Paz publicaría una *Antología* de Fernando Pessoa en la Colección “Poemas y Ensayos” dirigida por Jaime García Terrés, el mismo editor y poeta que veinticinco años después le haría traducir, a los 39 años, a Francisco Cervantes la *Vida y obra de Fernando Pessoa*, de João Gaspar Simões.

Al joven poeta nacido en Querétaro esa traducción de Octavio Paz le cambiará la vida. Pessoa no fue para Cervantes una influencia o un ascendiente, sino el inicio de una nueva vida, de otra vida ya bañada por la imantación hechicera de la lira galaico-portuguesa y de las coplas y

canciones de corte popular que había empezado a difundir para los mexicanos el poeta hispano-mexicano Luis Rius y que antes, desde España, Dámaso Alonso y Rafael Alberti habían puesto de moda en cierto modo.

Cervantes empieza ya muy joven a tomar el rumbo de la materia y el caudal lusitanos. Pessoa y sus heterónimos son la columna vertebral pero no se detendrá ahí y cumple lo que él mismo llamaría una *Odisea de la poesía portuguesa*, pues así bautizará a su antología de las letras lusitanas que él supo vivir como nadie en primera persona, como un itinerario espiritual o una calzada de los misterios poéticos. Cervantes vivió a Pessoa como una pasión en el sentido religioso, y fue como un sacerdote pagano de este autor inmenso y modernísimo hasta el punto en que se puede decir, sin demasiada violencia, que parte de su delirio lusitano estaba animado por un querer ser, una quète, un aspirar o ser aspirado por ese individuo-baúl lleno de personajes, ese “drama en gente” o drama engentado.

Este proceso se iría cumpliendo, no sin dolor, no sin riesgos pues el imitador del *Libro del desasosiego* tenía que perder por fuerza él mismo la serenidad y el sosiego en aras de la creación y la escritura poética. Si el portugués es, como diría



Unamuno, un español deshuesado, Cervantes procedería a deshuesar el castellano hasta transfigurararlo en otro idioma y transfigurarse a sí mismo y a su sombra. En este contexto cabe hacer una pregunta: ¿era, podía ser, Francisco Cervantes un buen traductor? Sí, absolutamente.

Estaba tan embebido de las letras y la cultura portuguesas que a veces se le podía olvidar que estaba traduciendo al castellano y no a un limbo lingüístico que no era ni español ni portugués. Él lo sabía, y cuando estaba realizando traducciones, digamos comerciales, se dejaba enmendar la plana, no sin cierta abnegación, pero por eso mismo se volvía contra los correctores como un animal feroz y herido cuando alguien se atrevía a sugerirle algún cambio en un texto literario. Y es que Francisco Cervantes más que muchos otros poetas, más que casi cualquiera, estaba secretando, creando con su obra un tercer reino, un orbe tercero muy difícil, casi imposible de traducir.

Estaba imprimiendo al castellano un movimiento intenso de lusitanización y agallegamiento suavizando la sintaxis demasiado ruda, demasiado latina del espa-

ñol. Y aquí debo decir, confesar un pecado. En el año 2000 tuve que hacer en francés un dossier de poesía y literatura mexicana para la *Novelle Revue Française*, y no incluí ningún poema de Francisco atendiendo precisamente a esas dificultades. Sé que a él esto le dolió, pero también sé que, poco después, me absolvió y me devolvió a la distancia su amistad, algo tan difícil de conservar en este mundo tan poco amoroso, tan poco amistoso, tan olvidadizo de la cortesía y de la caridad.

VIII

Cada semana, cada día, llegaba Francisco al Fondo de Cultura Económica con la noticia de un nuevo autor portugués, brasileño, gallego leído o releído por él. Más allá o más acá de Fernando Pessoa y su gente, barajaba la épica de Luis de Camões, pregonaba a Eça de Queiroz y la novela de *El primo Basilio* o las cartas de Fadrique Mendes, naufragaba en la *Historia trágico-marítima*, releía a Machado de Assis y *Las Academias de Siam*, respiraba las atmósferas de José Regio o del primer José Saramago, nos torturaba con la Casa

VIII

asesinada del brasileño Lima Barreto, se asomaba y nos hacía asomarnos a la sociología histórica de Gilbero Freyre, con *Casa Grande e senzala*, exploraba la filosofía política con Antero de Queintal, se hundía en la historia fantaseando con las historias de Pedro el Cruel e Inés de Castro, rozaba a Rubén Fonseca o a Néli-da Piñon, nos enseñaba la importancia de los sermones del padre Antonio de Vieira para entender a nuestra sor Juana Inés de la Cruz. Entre tanta baraja portuguesa nos sorprendía sacando los ases de la cultura hispánica: Rubén Darío, Quevedo, Borges... y siempre Gil Vicente, escritor como él, en portugués y en español.

Durante esos años llegó a México como embajador de Brasil José Guilherme Merquior, quien había sido en París discípulo disidente de Michel Foucault y en Londres de Ernest Gellner y de Arnaldo Momigliano. El rápido e ingenioso Merquior dio de inmediato su voto de confianza a Cervantes y lo confirmó como huésped permanente de la embajada de Brasil en México, pues el anterior embajador, Guido de Cavalcanti, ya había reconocido amorosamente a Francisco Cervantes con la orden de Río Branco.

¡Y había que ver a Francisco Cervantes hablando portugués y todavía más había que oírlo recitar la lengua lusitana! El rostro se le suavizaba y una paz, un sosiego travieso le iluminaban la mirada. Quizá por eso pidió que sus restos se dispersaran en el Tajo; y quizá por eso, cuando llegó esa hora, el oleaje encrespado del río que se despliega frente a Lisboa se aquietó y salió el sol cuando sus cenizas peregrinas se alzaron sobre la barca que las llevaba. Ahora sólo nos falta lograr que en una callejuela de Lisboa se ponga una placa con unos versos suyos y que en Querétaro haya una placa dedicada a Cervantes y a Pessoa. En 1989, Cervantes publicaría el libro *Travesías brasileño-lusitanas*, que es la prueba y la prenda de sus itinerarios y de su lusofonía².

Una tarde, al salir de una imprenta a donde me había acompañado Francisco Cervantes, la luz que estremecía las jacarandas en flor flagelaba nuestra vista con su resplandor: “¡Qué hermosa está la tarde!”, me oí decir. Cervantes, con sus ojos pequeños algo entrecerrados, se sentía acusado por la belleza y me respondió: “Esta luz es insoportable, nos está invitando a morir”, dijo con una queja como de bestia herida y se hundió en un mutismo insoportable.

Cuando le preguntaron a Francisco cuál era, en su opinión, “el mejor poema” de toda la literatura respondió: “Oda marítima” de De Campos. Y añadía: “Tú sabes que soy el mexicano que mejor conoce a Pessoa, y su traductor más importante, ese título me lo dio Octavio Paz, con quien tuve el gusto de trabajar casi dieciséis años”³.

La poesía —sigue diciendo en la misma entrevista— es una aspiración, es algo que uno debe haber tenido desde niño y no perder jamás, cuando el hombre deje de sentir la poesía, como que se muere, se vuelve un ser vacío e inútil [...] La poesía sirve para todo, alguien que no tenga poesía dentro de sí mismo es un ser que más le valiera estar muerto. Si vives solamente para ganarte la vida estás loco. Poesía es la entrega del hombre a los más altos espíritus de la tradición humana; encontrarla o no ya es tarea de mucho esfuerzo y de un amor muy grande por la existencia.

IX

Hay en Francisco Cervantes una lealtad profunda, cotidiana, minuciosa y fatal hacia la ensoñación: él sabe que las armas y las plumas de la lírica pasan por la ensoñación,

por el ensueño. Esta fidelidad al sueño, al ensueño, al poder de la mente para producir *phantasia* es de estirpe netamente romántica y antes provenzal, cántara, órfica. A él este romanticismo le viene de su afición a la música de los gatos, es decir a la música de la gaita –que algunos creían sentir proveniente del demonio– y de la interiorización radical de la literatura popular castellana, gallega y por supuesto portuguesa.

Cervantes avanza erguido por el mundo con una interrogación a flor de labio y en la punta de la lengua: ¿hay aquí poesía? ¿Es esto realmente hermoso y armonioso? El ser interior de Cervantes, como él lo sabe y lo dice, es más que bifronte multifronte: “uno tiene más que dos caras, más que dos personalidades”: Francisco Cervantes, Hugo Vidal, y el otro leyente dice de Francisco Cervantes, Ernesto Volkening: “Tres nombres tienes, amigo mío. El primero te lo legaran tus mayores pero no es el verdadero. Bajo el segundo figuras en el registro civil, y tampoco es el verdadero. El tercero es el nombre secreto que ni tú mismo conoces. Lo oirás pronunciar una sola vez cuando seas llamado por el Ángel de la voz de bronce, y, en ese instante, sabrás quién eres.”

La traducción para Cervantes no es una tarea de mecánica índole. El traducir y escribir poesía coincidían en el propósito de “conectarse a un espíritu y de obedecer su prodigiosa y terrible voluntad”⁴.

Sarcástico, antisolemne, escéptico hasta parecer cínico, la desaparición de Francisco Cervantes en enero de 2005, a los 67 años de edad, expuso a la luz del tiempo sin edad, la singularidad radical de una obra impar, capaz de fertilizar como sal y

levadura, las letras mexicanas y más allá las españolas e hispanoamericanas.

Era un príncipe de la poesía, un raro adorable y a veces terrible que navegaba por el mundo y sus oleajes con la brújula de la poesía y de la literatura. Si el apotegma chino sostiene que cuando el sabio no estudia debe rendir servicio a la ciudad como funcionario, Francisco Cervantes practicaba la idea de que, cuando el poeta no escribe o no lee poesía, debe entregarse a la traducción o, al menos, a la tutela de la escritura de los otros.

En las redacciones de los diversos diarios y revistas por los que transitó –desde los amarillistas *Diario de la tarde* y *Zócalo*, donde se ganaba la vida escribiendo notas rojas y, cuando se lo permitían, notas culturales– hasta “Sábado” de *Unomásuno*, *La Jornada*, *Casa del tiempo*, *Plural* y *Vuelta*, Cervantes impartía sus lecciones de revisor clavando, cuando podía, una bandilla, y más tarde dirigiría en Querétaro un taller literario.

En los años sesenta participó en la redacción de *Papeles* –la hoja suelta dirigida por Raúl Renán con el consejo y compañía de Otaola, Eduardo Mejía y él mismo–. Sólo tengo algunos números de esa publicación –once de doce–, que afirman esa idea y práctica de “la poesía como destino”, para evocar una frase de Fernando Charry Lara, el poeta colombiano que supo saludar los poemas de Cervantes con estas palabras:

Se aprecia en ellos la intensidad y hondura de su expresión, la economía y exactitud del lenguaje, la originalidad y encantamiento del mundo de su expresión, imaginación, la seriedad y el amor con que ha asumido el oficio del poeta.

De esos Papeles legendarios quisiera rescatar tres textos de Francisco Cervantes no reunidos en libros, hasta donde sé.

si no es de este mundo, ¿de cuál es?

A veces, en la noche, tan vasta en insomnio,

escribo algunas líneas como éstas,

tal vez sólo por fatigar mis dedos

o por cansar este pensamiento que me mantiene despierto.

Pienso en los lectores “inteligentes”,

en esos que quieren que todo corresponda,

la vida del poeta y del poema,

la obra con la línea del mentor.

Quisiera adentrarme en los sentimientos de estos lectores de poesía

y encontrar en su pecho otra cosa mejor que la envidia.

Pero no quiero que los amigos del sátrapa así justificados crean que los defiendo.

Sólo que no deseo que me echen en cara

el no saberme volver gracioso y adorable,

saltimbanqui de los poderosos,

juglar sí soy, no gusto de cambiarme

Desde nuestro sitio de protegidos

no vamos a empezar nuestra misérrima calumnia

contra los pocos poetas que lo fueron

aunque sólo sea por un momento,

porque los correctores de nuestros versos

no lo son ni lo serán.

Poeta, sé un poco más amargo,
no quieras la justicia para nadie,
que no es de este mundo la justicia,
¿de cuál entonces es?⁵

Me parece reconocer en él ecos del poema número 24, “Insomnio”, de Álvaro de Campos: “No duermo no espero dormir, / ni en la muerte espero dormir”

También de los *Papeles* dirigidos por Raúl Renán rescato un:

homenaje a jorge luis borges

Un laberinto de papeles.

Algunos hoscos garabatos.

Y el sueño en que me pierdo a ratos

son, acaso, los retratos

que de mí hubiera, los más fieles.

Pienso, mientras estos signos trazo,

en si quedará de mí, memoria alguna.

Y mientras varias obsesiones, una a una,
me definen,

un recuerdo me importuna.

Es todo lo que deo acaso⁶.

Vale la pena comparar estos versos con el poema que le dedica Cervantes a Borges en el *Regimiento de nieblas*:

Borges

Alguien tendría que haberlo escrito

O deberán, en breve, describirlo.

Tan sólo diré que al escribirlo,

No lo escribo propiamente, lo repito.

Ése no fue, que lo será su mito.

Aquel que lo resuma sin decirlo.

Habrá intentado de cumplir el rito
Que nace y desnace sin seguirlo.

Ved cómo es y no es en su memoria
Que todo lo escribe y describe
Y recordamos como el asno de la noria,

Que así nostalgia circunscribe,
Por lo que no ha muerto ni revive
Y sin quererlo, borda gloria.

Otro texto recuperado de *Papeles* es:

No soy lo que amo y he buscado.
Verdaderamente entristezco pensando
en aquello que no soy.
Camino, me dirijo, quedo quieto,
escucho, callo, y no lo soy...
¡Qué camino éste tan lleno!...
¿Me he encontrado sin haberme perdido?
Este darse a lo que duele
deja de doler tan pronto se descuida
Pero no veo si vengo o voy
porque todo es invento de estar desordenado
todo lo andado en el futuro⁷.

XIII

El penúltimo libro de poemas de Francisco Cervantes se tituló *El libro de Nicole*. Dice en el breve texto en prosa que lo acompaña:

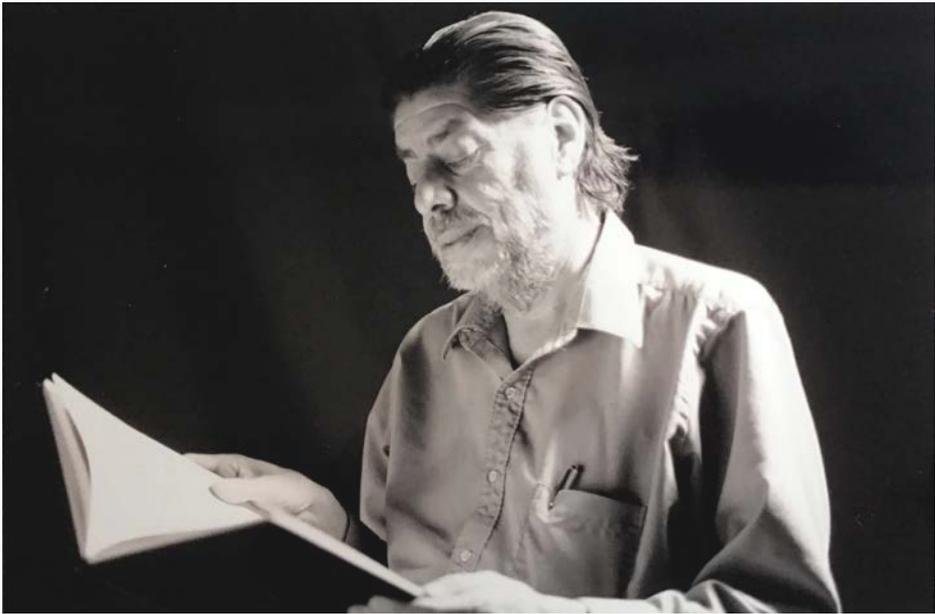
Lo doy a la imprenta con un subtítulo que no me atrevo a nombrar en cabezas (*manchetes*⁸): *Libro de Horus*. El lector advertirá que Horus aparece desde He-

ridas que se alternan, pero su huella me ha significado sin que yo pueda precisar desde cuándo.

Horus, que a veces los egipcios antiguos representaban como un niño sobre la flor de loto, era el hijo de Osiris y de Isis y formaba con ellos la más perfecta trinidad de la religión egipcia. Empezó Horus la guerra contra Tifón, su tío, el asesino de su padre, para arrebatarle el imperio del mundo, y logró vencerlo.

Así el bien triunfó sobre el mal, y los efectos de la victoria perdurarían mientras los faraones, descendientes de Osiris, ocuparon el tramo de Haro. Horus / Horo aparece representado como un joven que pisotea a un cocodrilo, y lleva dos serpientes inofensivas en cada mano. Horus representa el sol naciente y a veces se manifiesta con figura de niño en su flor de loto. Horus es un símbolo del ser interior. Y ese símbolo, como dice Cervantes, lo acompaña desde antes de *Heridas que se alternan*. En este libro aparece el poema “Mensajero de la desolación”.

Horus, camino es éste que no encuentras,
¿Cómo a nadie lo puedes señalar?
Ni sabes de ti, que mensajero
Serás de la desolación,
El aire se violenta y avanzas tú, cortante.
No se te espera en parte alguna.
Llegas, Horus, descienes
Y, extrañados, los visitados te reciben.
¿Qué niebla desvanecen los tus filos.
Que más valiera que permaneciese?
Abrazas dulcemente –tú lo crees–
Y sabes después que llevas, eres
Tan sólo el guía de tales almas,
Si las hubo.



Ave, señor o segundón,
Hoy quisiera ser aquel a quien le mues-
tras el sendero
Y que tu alma fuera Horus.

Compare el lector cómo en *El libro de Nicole* aparece de nuevo Horus como un símbolo ineludible en el itinerario interior de Cervantes:

Un Horus secreto

Un dios silencioso
Entrecierra el destino
Sin pereza o moral:
Es un dios.
Mas protege su sobra
Por instantes a quien la recibe
O se acoge a su ruego visible y oscuro.
De Egipto procede.
No entiende

Diferencia de su tiempo y el Tiempo
de todos nosotros.

Es el gato
Que sólo contempla
Un Horus secreto
Y en quien no reconoce
La divinidad que lo espera.

Transcribiendo este poema y, teniendo presente la imagen de Francisco Cervantes, creo ver en su rostro singular una semejanza con el cocodrilo que pisaba Horus, y pienso que una explicación del “caso Cervantes” sería la del niño interior en combate permanente con el mundo material, que empezaba con él mismo. Y creo ver en esta explicación la razón o el motivo de cierta religiosidad disuelta o dispersa como polen por el cuerpo renovado de su obra.

Notas

1. El primer texto publicado por Álvaro Mutis sobre su amigo Francisco Cervantes es probablemente el que aparece en *Papeles*, a propósito de *Los varones señalados*:

Toda auténtica poesía es el precario testimonio de un inapelable fracaso. La poesía de Francisco Cervantes no se escapa a este inapelable designio. Nacida o escrita al margen de la corriente natural y tradicional de la lírica mexicana, esta poesía está destinada a conocer a su alrededor muy pocos lectores. *Los varones señalados* recibirá la visita de un brevísimo grupo por quienes esperamos con gustoso advenimiento. Mejor así. No son ellos gente que precise coro. Ellos llevan su lanza cauda de escuderos y miserias, de damas y sueños truncos, a ellos nos anima en callado gozo. Estos personajes singulares y su vida... y altanera sólo “dan para toda a sólida o domando”, para citar una carta memorable de Vinícius de Moraes.

Vale anotar cómo México es propicio a la aparición en su suelo de esa poesía cuyo destino es pertenecer largo tiempo alejada del camino usual de la forma y de las escuelas.

Ciertos poemas –y en ciertos casos toda la poesía– de Artaud y de Lowry, de César Maro y de Luis Cernuda, de Cardoza y Aragón y de..., señalan un secreto manantial que brota de este suelo de desventura y temporal olvido.

Esto dice muy alto de las secretas fuerzas que rigen estas tierras. Francisco Cervantes y sus “varones señalados” se suman ahora a los escogidos para una diáspora magnífica.

El último texto escrito por Mutis sobre Cervantes es el prólogo a sus narraciones, *Ustedes recordarán*, Selector, México, 1997 (reeditado en 2016 en *Calygramma* bajo el título *Relatorio sentimental*):

Desde el primer poema suyo que leí, de esto hace ya más de 30 años, tuve la convicción de que Francisco Cervantes sería siempre un escritor marginal. El término se presta a interpretaciones un tanto peyorativas para quienes no quieran entender. Yo lo concibo como escritor que jamás seguirá camino alguno transitado por otros, así sea los mayores y más recordados; alguien que ha de construir, palabra por palabra, un mundo propio hecho del “eterno rechazo” de que habló el florentino, una región poblada de sombras y de dudas y sostenida por algunas certezas que nada tendrán que ver con el mediocre presente que

nos ofrecen estos tiempos sin signo que los nombres. Desde ese primer encuentro hasta su último libro de poemas, sólo me ha sido dado confirmar hasta la certeza radical esa primera impresión que me causó su poesía. Necio, entonces, preguntarse qué sucedería cuando Cervantes se internará por las laberínticas rutas del ejercicio narrativo. En esta reunión de historias, por demás singulares, nos topamos de nuevo con el gran refutador de toda necio convención, con el especialista en mostrarnos el envés de todo entusiasmo intempestivo y gratuito, con el inventor de situaciones imposibles que hemos de aceptar como él nos las presenta, sin darnos oportunidad de contestar cosa alguna que valga la pena. Decía el poeta y cineasta Jomí García Ascot, de cuya ausencia nunca nos hemos de curar, que optimista es aquel a quien no le han dado todos los datos. En el caso de este revelador libro de Cervantes, yo diría que en él tenemos a un pesimista que sí cuanta con todos los datos y argumentos posibles para fundamentar su pesimismo. Recorra el lector estas páginas con la certeza de que será en extremo benéficas para continuar viviendo sin tratar de apoyarse en las nubes. Por algo el título del libro dice claramente: *Ustedes recordarán*.

2. Obra editada por Juan Pablos y la Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1989, y recientemente reeditada por Federico de la Vega en *Calygramma*, Querétaro, 2015.
3. Jorge Asbun Bojalil, “Francisco Cervantes”, en *Algunas visiones sobre lo mismo*, Siglo XXI Editores, México, 2007, p. 118. Prólogo de Adolfo Castañón.
4. Ernesto Lumberras, “Un juglar adverso”, en *Reforma*.
5. *Papeles*, pliego dedicado a Luis Cardoza y Aragón. El pliego mensual de literatura aparecía sin fecha. La manera de ubicar los textos es situarlos en relación con el autor al que estaban dedicados. Director general: Raúl Renán, Director artístico: Oscar de Juambelz, Consejo de redacción: Otaola, Francisco Cervantes y Eduardo Mejía, Editores: Grolien S. A., por intermedio del Dr. Ramón Nájera, Cuartel general: librería Libros Escogidos de Polo Duarte.
6. *Papeles*, pliego dedicado a Felisberto Hernández.
7. *Papeles*, pliego dedicado a Ramón Gómez de la Serna.
8. *Manchetes* es un galicismo, en francés significa: margen, nota marginal, grandes titulares de un periódico.